PONENCIA DE CESAR MAURICIO VELASQUEZ OSSA,

EX EMBAJADOR DE COLOMBIA ANTE LA SANTA SEDE, EN EL IV CONGRESO INTERNACIONAL DE LA FUNDACIÓN VATICANA JOSEPH RATZINGER, PAPA EMÉRITO BENEDICTO XVI, “IL RESPETTO PER LA VITA CAMMINO PER LA PACE”. MEDELLÍN, COLOMBIA, OCTUBRE 23 Y 24 DE 2014.

Quiero comenzar uniéndome al dolor de quienes por amor y servicio a Dios han padecido violencia y muerte. Todas las guerras constituyen un flagelo para la humanidad, pero son especialmente crueles las que se provocan con la falsa y blasfema excusa del nombre de Dios. Sobre este dolor el Papa Francisco decía en reciente homilía:

“Hoy en día hay más testigos, más mártires en la Iglesia que en los primeros siglos. Y en esta Misa, recordando a nuestros gloriosos antepasados, aquí en Roma, también pensamos en nuestros hermanos y hermanas que viven perseguidos, que sufren y que con su sangre hacen crecer la semilla de tantas pequeñas Iglesias que nacen”[[1]](#footnote-1)

La libertad religiosa es fundamental para el ser humano, la libertad de creer no puede ser motivo de agresión y muerte. Hoy, asistimos a nuevos retrocesos que atentan contra la integridad del ser humano. Ante estos ataques, muchas veces desconocidos o silenciados en el mundo, debemos acompañar a quienes sufren la persecución por proclamar la Fe y levantar nuestra voz a favor de los perseguidos en Irak, Siria, Nigeria y otros lugares.

**LEGITIMIDAD Y TRANSFORMACIONES PARA LA PAZ**

La historia actual de la humanidad demuestra que la existencia del ser humano sin Dios ni Ley se construye en arena. El relativismo pragmático le ha puesto precio a todo, socavando valores objetivos y dando espacio a una cultura mentirosa que en permanente agonía se aferra a un decreto, una sentencia, una ley o una encuesta para justificarse en algún rescoldo de verdad. Una carrera loca por el poder que oscurece la conciencia para el conocimiento de la verdad, el respeto a los demás y el valor de responder por los propios actos.

Hoy se habla y se investiga hasta la saciedad de los males que nos aquejan. Tenemos diagnósticos, estadísticas y proyecciones en todos los formatos. Sabemos cuántos crímenes se cometen por mes, día, hora, minuto y segundo en el mundo, o cuántas divisas pierde cada día Estados Unidos por culpa del tráfico y consumo de drogas. Tantas estadísticas y encuestas que, a cambio de ayudar a conocer la raíz de nuestros problemas y encontrar soluciones, nos impiden a veces llegar al fondo y origen de los males que padecemos y nos quedamos en declaraciones insustanciales en las que cambiamos el significado de las palabras con eufemismos para no llamar a las cosas por su nombre.

Igualmente, nos ensartamos en discusiones sin argumentos o en debates personales llenos de calumnias que a veces terminan en agresiones personales, e incluso, en el mundo oscuro del maniqueísmo donde todo se mira y se define entre los malos allá y los buenos aquí; entre la izquierda y la derecha; los corruptos y los limpios; los ricos y los pobres; los brutos y los inteligentes; y así hasta decretar quiénes van al Cielo y quiénes al infierno.

Una visión como esta impide cualquier camino de entendimiento y convivencia. Un modo de vivir que se llena de prejuicios y egoísmos y cierra toda posibilidad de diálogo y reconciliación. Esta visión de la realidad obstaculiza el conocimiento de la verdad y consolida el llamado *pensamiento único*, donde nadie puede discrepar y quien lo hace, simplemente es silenciado o perseguido.

Ante la negación de la verdad y de la propia esencia de la persona humana, se pretende construir una nueva sociedad con decretos y sondeos mediáticos, dando al traste con la misma naturaleza en clara escapatoria del fundamento objetivo de los derechos humanos, como si todo dependiese de pareceres y encuestas. “Yo no dudo en afirmar –decía el papa emérito Benedicto XVI– que la gran enfermedad de nuestro tiempo es su déficit de verdad. El éxito, el resultado, le ha quitado la primacía en todas partes. La renuncia a la verdad y la huida hacia la conformidad de grupo no son un camino para la paz”[[2]](#footnote-2).

Esta pérdida de primacía de la verdad también afecta el valor de la justicia y, en consecuencia, la legitimidad necesaria en la esfera pública para construir y sostener una sociedad en paz, porque la paz posible y duradera se fundamenta en la legitimidad social, no simplemente en papeles y ejércitos. No puede ser impuesta por las partes en conflicto o disputa. La paz legítima, no solamente legal, es fruto de la credibilidad y necesidad pública, es convicción, no imposición.

Las ideologías totalitarias –marxismo y nazismo–, tergiversaron el sentido de la legitimidad y bajo el amparo de lo supuestamente legal se convirtieron en gobiernos despóticos. El maltrato a la persona individual en sociedad les llevó a desconocer lo legítimo, acallar la opinión contraria, contaminar la comunicación con la mentira propagandística, el chantaje y la muerte. Hoy, ante el declive de esas utopías han aparecido nuevos totalitarismos blandos donde todo es relativo, todo vale y se gobierna según estados de ánimo y conveniencia, sin importar compromisos.

**Transformaciones para la reconciliación**

La Iglesia no tiene que esperar promesas, decretos o acuerdos de paz para continuar con su misión, ni mucho menos centrar su trabajo en coyunturas de orden político y gubernamental. La legitimidad de su mensaje le permite, con el acompañamiento de millones de colombianos, animar salidas y soluciones.

Por naturaleza, por educación y por creencias soy un convencido de la paz, pero de la paz con verdad y justicia. Una paz que parte del sincero arrepentimiento capaz de transformar la oscuridad del mal en luz de la verdad; el abuso y arbitrariedad en justicia; y las faltas en sincero arrepentimiento y perdón como principio de cambio y reconciliación.

En este sentido quisiera plantear algunas reflexiones a manera de transformaciones como un camino de conciliación:

**1.** Transformar el monstruo del narcotráfico y la seudocultura mafiosa que se ha impuesto en las últimas décadas reconociendo que todos los grupos que hoy actúan por fuera de la ley, han tenido o tienen sustento en esos dineros de sangre y muerte.

Aquí el narcotráfico y sus derivados han contribuido a los *totalitarismos blandos*, en los que se destruyen verdaderos ideales de lucha social, justicia y libertad, y son remplazados por la ley del más fuerte, el más astuto o traidor. La droga es una nueva esclavitud, una larga y pesada cadena que en sus diversos eslabones somete a quienes cultivan, trafican, consumen y se aprovechan de sus dineros.

A este negocio y sus dividendos, calificados por San Juan Pablo II como *estiércol del diablo*, se debe gran parte de los males de Colombia. Desde la desintegración familiar y la traición en la amistad, hasta la compra del poder, la corrupción y el discurso social armado. Donde hay droga hay codicia, avaricia y muchos crímenes. Una realidad en la historia violenta de Colombia marcada por grupos paramilitares, autodefensas, guerrilleros, bandas de delincuentes, carteles y clanes. Todos inmersos, unos más que otros, en el mundo de la droga, el tráfico de armas, el secuestro y la extorsión.

En nuestro país, el narcotráfico irrumpió en la vida cultural y social con efectos devastadores en todos los ambientes. Ejemplo de esto lo vivimos hoy en algunas ciudades de Colombia, en donde se ve con indiferencia cómo crece el negocio de la prostitución. En los estratos altos de la sociedad con las mal llamadas prepago y en los bajos con el intercambio mercantil de mujeres de escasos recursos en condición de vulnerabilidad. Una práctica alimentada por la cultura mafiosa y utilitaria que a todo le pone precio, desde la integridad de la persona humana hasta los medios de diversión y cultura.

Es aquí donde se deben plantear soluciones que ayuden a purificar las aguas sucias que ha contaminado el narcotráfico y que parecen inundar toda la sociedad con sus dineros fáciles.

La paz duradera y estable sólo será posible con la erradicación y transformación de este mal y sus prácticas sociales, no con simples claudicaciones o dividendos de partes, tal como se concluye de los acuerdos conocidos hasta el momento entre el Gobierno y los jefes guerrilleros de las Farc.

En julio de 1986, San Juan Pablo II, delante de la tumba de San Pedro Claver en Cartagena de Indias, condenó la actitud complaciente con el narcotráfico y comparó por vez primera las drogas con una nueva forma de esclavitud. “Los tratantes de esclavos impedían a sus víctimas el ejercicio de la libertad. Los narcotraficantes conducen a las suyas a la destrucción misma de la personalidad. Como hombres libres a quienes Cristo ha llamado a vivir en libertad, debemos luchar decididamente contra esa nueva forma de esclavitud”[[3]](#footnote-3).

La despenalización de la dosis personal, por ejemplo, ha incentivado el consumo entre niños y jóvenes. En Colombia ya no sólo se produce droga, también se consume. Su legalización es una derrota social y una victoria para quienes viven de ese mal.

“ (…) La droga no se vence con la droga –explicaba San Juan Pablo II–. La droga es un mal, y al mal no le van bien las cesiones. La legalización de la droga, incluso parcial, además de ser por lo menos discutible con relación a la índole de la ley, no produce los efectos que se habían prefijado. Lo confirma una experiencia que es ya común. La droga es un mal, y al mal no hay que ceder”.

Nos han vendido la idea equivocada de que el narcotráfico es invencible. De que en el mundo, la legalización de lo ilegal es la única manera de librarnos de industrias multimillonarias y macabras que florecen al lado de toda prohibición, llámese tráfico de estupefacientes, de capital, o de personas, por nombrar algunas. Este pensamiento desconoce que la permisividad con lo ilegal y lo clandestino trae mayores desgracias que beneficios.

No ceder supone defender principios democráticos y seguir el buen ejemplo de muchos colombianos que han combatido este mal desde las fuerzas armadas, la política, la justicia, el periodismo, la cultura y la Iglesia. Derrotar el narcotráfico en todas sus instancias y maneras es derrotar la violencia que nos azota.

Hoy, es necesario renovar esta firme decisión de lucha, porque la búsqueda de la paz y la reconciliación se inicia con el conocimiento de este grave problema y el sincero reconocimiento de quienes han vivido de esta actividad ilícita, criminal y destructora de todo orden.

**2.** Para que haya paz es importante transformar el discurso maniqueo entre los amigos de la paz y los enemigos de ella, entre los llamados pacifistas y guerreristas. Este discurso obstaculiza cualquier proceso de reconciliación y, por el contrario, abre nuevas heridas y odios. Continuar alimentando este planteamiento no vale la pena, no suma, sólo divide.

La paz no debe ser bandera personal ni política particular de nadie. La paz es de todos y todos debemos trabajar por ella. La convivencia pacífica y tolerante debe ser parte del ideario colectivo de la sociedad, no bandera exclusiva de un partido o minoría. Como tal, no está bien descalificar ni condenar a quienes cuestionan algunas maneras de alcanzarla. El debate público en la construcción de la paz no debe sacrificarse en aras de un discurso pacifista que niega y manipula la verdad de las cosas para imponerse sin legitimidad.

El discurso de la paz no puede ser utilizado como mensaje político para dividir a los colombianos. La búsqueda de la paz debe unir voluntades, porque sólo así se construye en roca firme. Los puntos de debate y diferencia deben ser discutidos ante la opinión pública sin descalificar a quienes piensan diferente, ni mucho menos condenando o poniendo etiquetas a los que reclaman verdad y justicia, como un juego entre ángeles y demonios. La paz no se impone porque la paz no es un punto estático de llegada. La paz es un estado colectivo, un modo de vida social activo que se construye de manera dinámica con sincera voluntad en beneficio del bien común.

En este sentido se debe promover el perdón entre todos, no solo entre los que respaldan la negociación actual. No se comprende el afán de buscar acuerdos con un grupo ilegal mientras se instaura la discordia entre los ciudadanos. La paz no se alcanza con polarizaciones.

**3.** Transformar el debate de la paz en un clamor por la dignidad de la vida humana, sin distinciones cínicas entre muertos de primera y segunda clase. La pérdida del valor de cada persona conduce a los totalitarismos que justifican el crimen como medio de selección y poder, donde la ley del más fuerte se traduce en la imposición de verdades oficiales como absolutas. Una dolorosa y vergonzosa historia que la humanidad no debe repetir.

¿Qué paz se puede construir sin una conciencia clara en defensa de la vida? El discurso de los derechos humanos, así como el de la paz, se quedan en simples palabras cuando se desconoce y pierde la dignidad individual, dando espacio a la barbarie.

Frente a estos crímenes y atentados la Iglesia, por ejemplo, tiene la legitimidad para reclamar respeto por todos. Abrir los dos brazos al que sufre, llorar por los dos ojos y acompañar a todas las víctimas. Una misión máxima de caridad, perdón y justicia en el horizonte de la reconciliación.

El reconocimiento de las víctimas es un paso importante que no puede ser hecho a imagen y semejanza de quienes han cometido los crímenes, ni tampoco un proceso para sembrar nuevas cruces entre quienes fueron víctimas y victimarios. O lo que es aún peor, valerse del proceso de negociación para maltratar y someter a presión pública a quienes ya han sufrido el secuestro o la pérdida de un ser querido.

La mejor garantía y buena voluntad de cambio de los victimarios es la no repetición de sus crímenes, punto de partida en todo proceso de reconciliación. Los colombianos de buena voluntad deben acompañar a las víctimas de la violencia y animar las voluntades en su recto obrar sin excluir ni separar a los que sufren.

**4.** Transformar el discurso manipulador de la pobreza que se vale de dádivas y promesas sin aportar soluciones en la construcción de un orden social justo, que acorte la brecha entre ricos y pobres y se constituya en bandera social para combatir la corrupción y los malos manejos de lo público, que tanta desconfianza siembra en la búsqueda de la paz.

La manipulación de la pobreza para justificar violencia y lucha de clases debe ser enfrentada con acciones efectivas y transparentes que den respuesta a las necesidades de los ciudadanos. El camino de la paz exige pulcritud y honestidad en los manejos de los dineros públicos e igual responsabilidad y valor del sector privado. La corrupción como fenómeno social, producto de una cultura orientada al pragmatismo ciego, es foco de nueva violencia y miseria.

No habrá frutos de paz sin respuesta a las necesidades vitales de las personas que carecen de lo mínimo para vivir dignamente. La corrupción y la pobreza tampoco se combaten con secuestros, muertos y atentados. En los últimos 50 años las promesas revolucionarias en Colombia han dejado nuevas miserias y desconfianzas entre pobres y ricos. Acortar o cerrar esta brecha en lo material y afectivo es un desafío político y espiritual para consolidar la reconciliación.

**5–**Transformar tantas promesas de paz en acción sincera personal y colectiva de justicia y confianza ciudadana en las instituciones democráticas.

San Juan Pablo II decía en Barranquilla que “no puede existir verdadera paz si no existe un compromiso serio y decidido en la aplicación de la justicia social. En efecto, la justicia y la paz no pueden disociarse: una paz que no tuviera en cuenta la justicia sería sólo un sucedáneo”[[4]](#footnote-4).

El respeto a la vida humana y a la paz reclaman justicia transparente, eficaz y pronta. El valor de quienes administran justicia es fundamental para llenar de esperanza y seguridad a quienes han sufrido directamente la violencia y a quienes de buena voluntad se disponen a cambiar de vida y reparar por sus delitos.

La justicia hunde sus raíces en la coherencia humana. Una caridad que no respete la justicia y el derecho de todos, es errónea. “Se podría decir que reconciliación y justicia son las dos condiciones esenciales de la paz que, por consiguiente, también definen en cierta medida su naturaleza”[[5]](#footnote-5), tal como lo explicaba el papa emérito Benedicto en noviembre de 2011 a los obispos de África.

La paz de los hombres conseguida sin la justicia es ilusoria y efímera. La justicia de los hombres que no brote de la reconciliación por la “verdad del amor” (cf. *Ef* 4,15) queda inacabada; no es auténtica justicia.

**6–**Transformar la indiferencia, insensibilidad y dureza ante la muerte y tragedias de los demás en dolor sincero y solidario que no busca justificaciones al asesinato, al secuestro o a la injusticia.

Por desgracia, la misma repetición de crímenes en medio de la negociación de paz ha generado acostumbramiento e insensibilidad ciudadana. Algunas veces el mismo Gobierno desestima la cruda realidad de muertes de civiles, militares y policías, dejando muchas de esas víctimas sólo en registros estadísticos.

Es un dolor muy lejano, es un dolor de otros. Es un dolor que según las condiciones es explotado desde la óptica política y mediática, según los vientos de las negociaciones con las Farc.

Si el Gobierno alza la voz, el grupo guerrillero le reclama y lo condiciona. Así quedó demostrado ante el asesinato de siete policías en una emboscada en el Departamento de Córdoba: “Si guerrilleros son asesinados x Estado, gobierno se pone eufórico. En cambio, mueren soldados y nosotros insistimos #cesealfuegobilateralYA”, escribió ese día el grupo guerrillero en su red social.

Así, la muerte y el dolor son utilizados por unos y por otros generando más resentimientos y odios, una espiral de violencia que se alimenta en la banalización de la muerte y del mal.

**7–** Transformar la propaganda de la paz por hechos de respeto y protección de la vida humana y el medio ambiente.

El doble discurso de la paz, evidenciado en buenas palabras y declaraciones desde el sitio de la negociación pero contrastado con una acción violenta que diariamente cobra la vida de civiles y militares, pierde su esencia y deslegitima a las partes.

La ciudadanía lleva años esperando demostraciones de buena voluntad. No más discursos, propaganda, anuncios y titulares de prensa vacíos de contenido que dejan sin credibilidad el proceso por culpa de las constantes acciones criminales. ¿Cuántos muertos más se necesitan para avanzar en los puntos de la agenda?

La opinión pública difícilmente podrá legitimar un proceso de negociación de paz cuando las buenas palabras de perdón son acompañas de acciones de guerra y muerte.

Así mismo, es necesario transformar la vanidad y el afán de protagonismo con el discurso de la paz por un modo de vida más acorde con la realidad política y social que exige claridad, sencillez y comprensión. Esto ayudaría a serenar los espíritus y a buscar la unidad entre todos los colombianos, un desafío que debe asumir en primera instancia el Gobierno y quienes están al frente de la negociación.

La reconciliación, gestionada y llevada a cabo a menudo en silencio y discreción, sin tanta publicidad como a veces se quiere, restaura la unión de los corazones y la convivencia serena. Gracias a ella, tras largos períodos de violencia, será posible un ambiente fraterno en el cual se ofrece y se acoge el perdón como principio que sana la memoria herida de personas, familias y comunidad.

Si no se crea en los corazones la fuerza de la reconciliación, el compromiso político por la paz se queda sin su presupuesto interior. La purificación interior del hombre es la condición preliminar esencial para la edificación de la justicia, el perdón y la paz.

**Instrumentos de paz con justicia y perdón**

Los testimonios conmovedores de muchos colombianos que han sufrido la violencia, la pérdida de un ser querido, el secuestro, el destierro o la ruina no deben quedarse en la privacidad de la negociación. Esas historias de dolor y muerte al ser compartidas en un ambiente sincero de cambio, conciliación y perdón podrían ayudar en la construcción de la paz. Las víctimas son las que definen el camino de la reconciliación, no los victimarios, pero ambos están llamados a trascender movidos por el perdón y el sentido cristiano de la vida.

San Juan Pablo II, desde el primer día de su pontificado en octubre de 1978, saludó al mundo con la expresión Evangélica “No tengáis miedo” (cf. Mt 28,10) y 27 años después, el papa emérito Benedicto XVI, recordó la misma expresión en la misa de inauguración de su pontificado en 2005. Una voz que hoy nos estimula a buscar la paz desde dentro.

“¡No temáis! ¡Abrid, más todavía, abrid de par en par las puertas a Cristo!” El Papa hablaba a los fuertes, a los poderosos del mundo, los cuales tenían miedo de que Cristo pudiera quitarles algo de su poder, si lo hubieran dejado entrar y hubieran concedido la libertad a la Fe. Sí, él ciertamente les habría quitado algo: el dominio de la corrupción, del quebrantamiento del derecho y de la arbitrariedad. Pero no les habría quitado nada de lo que pertenece a la libertad del hombre, a su dignidad, a la edificación de una sociedad justa. (…) ¿Acaso no tenemos miedo de renunciar a algo grande, único, que hace la vida más bella? ¿No corremos el riesgo de encontrarnos luego en la angustia y vernos privados de la libertad? ¡no! quien deja entrar a Cristo no pierde nada, nada –absolutamente nada– de lo que hace la vida libre, bella y grande”[[6]](#footnote-6).

Quien vive así siempre gana. Descubre que al servir a los demás se llena por dentro de más caridad y amor, se convierte en portador de paz y alegría. Una idea que hace ocho siglos expresó San Francisco de Asís en una sencilla y profunda oración que pide a Dios una gracia para transformar la oscuridad en luz, el odio en amor, y así pide:

“Señor, haz de mi un instrumento de tu paz.

Que allá donde hay odio, yo ponga el amor.

Que allá donde hay ofensa, yo ponga el perdón.

Que allá donde hay discordia, yo ponga la unión.

Que allá donde hay error, yo ponga la verdad.

Que allá donde hay duda, yo ponga la Fe.

Que allá donde hay desesperación, yo ponga la esperanza.

Que allá donde hay tinieblas, yo ponga la luz.

Que allá donde hay tristeza, yo ponga la alegría.

Muchas gracias.

1. PAPA FRANCISCO, Homilía en Casa Santa Marta, Ciudad del Vaticano, 30-VI-2014. [↑](#footnote-ref-1)
2. J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Conversión, penitencia y renovación*. Planeta, Madrid, 1986, p. 193. [↑](#footnote-ref-2)
3. SAN JUAN PABLO II, Homilía en Cartagena, Colombia, 6-VII-1986. [↑](#footnote-ref-3)
4. SAN JUAN PABLO II, Homilía en Barranquilla, Colombia, 7-VII-1986. [↑](#footnote-ref-4)
5. J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, Exhortación Apostólica Postsinodal Africae munus, n. 45, Benín, 19-XI-2011. [↑](#footnote-ref-5)
6. J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, Homilía en Plaza de San Pedro, 24-IV-2005. [↑](#footnote-ref-6)